

tian de Belalcázar y su capitan y teniente general Francisco Hernandez Jiron al mariscal don Jorge Robledo y le cortó la cabeza, y tambien hizo otras muertes. Y por no dar lugar que el cuerpo del mariscal fuese llevado á la villa de Arma, lo comieron los indios á él y á los demás que mataron, no embargante que los enteraron; y quemaron una casa encima de los cuerpos, como adelante diré, en la cuarta parte desta historia, donde se tratan las guerras civiles que en este reino del Perú han pasado; y allí lo podrán ver los que saber lo quisieren, sacada á luz.

CAPITULO XXII.

De la provincia de Picara y de los señores della.

Saliendo de Pozo y caminando á la parte de oriente está situada la provincia de Picara, grande y muy poblada. Los principales señores que habia en ella cuando la descubrimos se nombraban Picara, Chuscuroqua, Sanguitama, Chambiriqua, Ancora, Aupirimi, y otros principales. Su lengua y costumbres es conforme con los de Paucura. Extiéndese esta provincia hácia unas montañas, de las cuales nascen rios de muy linda y dulce agua. Son ricos de oro, á lo que se cree. La disposicion de la tierra es como la que habemos pasado, de grandes sierras, pero la mas poblada; porque todas las sierras y laderas y cañadas y valles están siempre tan labradas, que da gran contento y placer ver tantas sementeras. En todas partes hay muchas arboledas de todas frutas. Tienen pocas casas, porque con la guerra las quemaron. Habia mas de diez ó doce mil indios de guerra cuando la primera vez entramos en esta provincia, y andan los indios della desnudos, porque ellos ni sus mujeres no traen mas de pequeñas mantas ó mantes, con que se cubren las partes vergonzosas; en lo demás ni quitan ni ponen á los que quedan atrás, y tienen la costumbre que ellos en el comer y en beber y en se casar. Y por el consiguiente, cuando los señores y principales mueren los meten en sus sepulturas grandes y muy hondas, bien acompañados de mujeres vivas y adornados de las cosas preciadas suyas, conforme á la costumbre general de los mas indios destas partes. A las puertas de las casas de los caciques hay plazas pequeñas, todas cercadas de las cañas gordas, en lo alto de las cuales tienen colgadas las cabezas de los enemigos, que es cosa temerosa de verlas, segun están muchas, y fieras con sus cabellos largos, y las caras pintadas de tal manera, que parecen rostros de demonios. Por lo bajo de las cañas hacen unos agujeros por donde el aire puede respirar cuando algun viento se levanta; hacen gran sonido, parece música de diablos. Tampoco les sabe mal á estos indios la carne humana, como á los de Pozo; porque cuando entramos en él la vez primera con el capitan Jorge Robledo, salieron con nosotros destos naturales de Picara mas de cuatro mil, los cuales se dieron tal maña, que mataron y comieron mas de trecientos indios. Pasada la montaña que está por encima desta provincia al oriente, que es la cordillera de los Andes, afirman que hay una grande provincia y valle que dicen llamarse Arbi, muy poblada y rica. No se ha descubierto ni sabemos mas desta fama. Por los caminos tienen siempre estos indios de Picara grandes

puas ó estacas de palma negra, agudas como de hierro, puestas en hoyos y cubiertas muy sotilmente con paja ó yerba. Cuando los españoles y ellos contienden en guerra ponen tantas, que se anda con gran trabajo por la tierra; y así, muchos se las han hincado por las piernas y piés. Algunos destos indios tienen arcos y flechas; mas no hay en ellas yerba ni se dan maña á tirarlas, por lo cual no hacen con ellas daño. Hondas tienen, con que tiran piedras con mucha fuerza. Los hombres son de mediano cuerpo; las mujeres lo mismo, y algunas bien dispuestas. Partidos desta provincia hácia la ciudad de Cartago, se va á la provincia de Carrapa, que no está muy léjos, y es bien poblada y muy rica.

CAPITULO XXIII.

De la provincia de Carrapa y de lo que hay que decir della.

La provincia de Carrapa está doce leguas de la ciudad de Cartago, asentada en unas sierras muy ásperas, rasas, sin haber en ellas montaña mas de la cordillera de los Andes, que pasa por encima. Las casas son pequeñas y muy bajas, hechas de cañas, y la cobertura de unos cohollos de otras cañas menudas y delgadas, de las cuales hay muchas en aquellas partes. Las casas ó aposentos de los señores, algunos son bien grandes y otros no. Habia, cuando la primera vez entramos cristianos españoles en esta provincia de Carrapa, cinco principales. Al mayor y mas grande llamaban Irrúa, el cual los años pasados se habia entrado en ella por fuerza, y como hombre poderoso y tirano, la mandaba casi toda. Entre las sierras hay algunos vallecetes y llanos muy poblados y llenos de rios y arroyos y muchas fuentes, el agua no tan delgada ni sabrosa como la de los rios y fuentes que se han pasado. Los hombres son muy crecidos de cuerpo, los rostros largos, y las mujeres lo mismo, y robustas. Son riquísimos de oro, porque tenían grandes piezas del muy finas, y muy lindos vasos, con que bebían el vino que ellos hacen del maíz, tan recio, que bebiendo mucho priva el sentido á los que lo beben. Son tan viciosos en beber, que se bebe un indio de una asentada una arroba y mas, no de un golpe, sino de muchas veces. Y teniendo el vientre lleno deste brebaje, provocan á vómito y lanzan lo que quieren, y muchos tienen con la una mano la vasija con que están bebiendo y con la otra el miembro con que orinan. No son muy grandes comedores, y esto del beber es vicio envejecido en costumbre que generalmente tienen todos los indios que hasta agora se han descubierto en estas Indias. Si los señores mueren sin hijos manda su principal mujer, y aquella muerta, hereda el señorío el sobrino del muerto, con que ha de ser hijo de su hermana, si la tiene, y son de lenguaje por sí. No tienen templo ni casa de adoracion; el demonio habla tambien con algunos destos indios, como con los demás.

Dentro de sus casas entierran, después de muertos, á sus difuntos, en grandes bóvedas que para ello hacen; con los cuales meten mujeres vivas y otras muchas cosas de las preciadas que ellos tienen, como hacen sus comarcanos.

Cuando alguno destos indios se siente enfermo hace grandes sacrificios por su salud, como lo aprendieron de sus pasados, todo dedicado al maldito demonio, el

cual (por quererlo Dios permitir) les hace entender las cosas todas ser en su mano y ser el superior de todo. No porque (como dije) estas gentes ignoren que hay un solo Dios hacedor del mundo, porque esta dignidad no permite el poderoso Dios que el demonio pueda atribuir á sí lo que le es tan ajeno; mas esto créenlo mal y con grandes abusos; aunque yo alcancé dellos mismos que á tiempos están mal con el demonio, que lo aborrescen, conociendo sus mentiras y falsedades; mas, como por sus pecados los tenga tan sujetos á su voluntad, no dejaban de estar en las prisiones de su engaño, ciegos en su ceguedad, como los gentiles y otras gentes de mas saber y entendimiento que ellos, hasta que la luz de la palabra del sacro Evangelio entre en los corazones dellos; y los cristianos que en estas Indias anduvieren procuren siempre de aprovechar con doctrina á estas gentes, porque haciéndolo de otra manera, no sé cómo les irá cuando los indios y ellos parezcan en el juicio universal ante el acatamiento divino. Los señores principales se casan con sus sobrinas, y algunos con sus hermanas, y tienen muchas mujeres. Los indios que matan tambien los comen, como los demás. Cuando van á la guerra llevan todos muy ricas piezas de oro, y en sus cabezas grandes coronas, y en las muñecas gruesos brazales, todo de oro; llevan delante de sí grandes banderas muy preciadas. Yo vi una que dieron en presente al capitan Jorge Robledo la primera vez que entramos con él en su provincia, que pesó tres mil y tantos pesos, y un vaso de oro tambien le dieron, que valió docientos y noventa, y otras dos cargas deste metal en joyas de muchas maneras. La bandera era una manta larga y angosta puesta en una vara, llena de unas piezas de oro pequeñas, á manera de estrellas, y otras con talle redondo. En esta provincia hay tambien muchos frutales y algunos venados y guadaquinajes y otras cazas, y otros muchos mantenimientos y raíces campestres gustosas para comer. Salidos della, pasamos á la provincia de Quimbaya, donde está asentada la ciudad de Cartago. Hay de la villa de Arma á ella veinte y dos leguas. Entre esta provincia de Carrapa y la de Quimbaya está un valle muy grande despoblado, de donde era señor este tirano que he dicho, llamado Irrúa, que mandaba en Carrapa. Fué muy grande la guerra que sus sucesores y él tuvieron con los naturales de Quimbaya; por los cuales hubieron al fin de dejar su patria, y con las mañas que tuvo se entró en esta provincia de Carrapa. Hay fama que tiene grandes sepulturas de señores que están enterrados en él.

CAPITULO XXIV.

De la provincia de Quimbaya y de las costumbres de los señores della, y de la fundacion de la ciudad de Cartago, y quién fué el fundador.

La provincia de Quimbaya terná quince leguas de longitud y diez de latitud desde el rio Grande hasta la montaña nevada de los Andes, todo ello muy poblado, y no es tierra tan áspera ni fragosa como la pasada. Hay muy grandes y espesos cañaverales; tanto, que no se puede andar por ellos sino es con muy gran trabajo, porque toda esta provincia y sus rios están llenos destos cañaverales. En ninguna parte de las Indias no he

visto ni oído adonde haya tanta multitud de cañas como en ella; pero quiso Dios nuestro Señor que sobrasen aquí cañas porque los moradores no tuviesen mucho trabajo en hacer sus casas. La sierra nevada, que es la cordillera grande de los Andes, está siete leguas de los pueblos desta provincia. En lo alto della está un volcan que cuando hace claro echa de sí grande cantidad de humo; y nascen desta sierra muchos rios, que riegan toda la tierra. Los mas principales son: el rio de Tacurumbi, el de la Cegue, el que pasa por junto á la ciudad, y otros que no se podrán contar, segun son muchos; en tiempo de invierno, cuando vienen crecidos, tienen sus puentes hechas de cañas atadas fuertemente con bejucos recios á árboles que hay de una parte de los rios á otra. Son todos muy ricos de oro. Estando yo en esta ciudad el año pasado de 1547 años, se sacaron en tres meses mas de quince mil pesos, y el que mas cuadrilla tenia era tres ó cuatro negros y algunos indios. Por donde vienen estos rios se hacen algunos valles, aunque, como he dicho, son de cañaverales; y en ellos hay muchos árboles de frutas de las que suele haber en estas partes, y grandes palmares de los pixivales.

Entre estos rios hay fuentes de agua salobre, que es cosa maravillosa de ver del arte como salen por mitad de los rios, y para por ello dar gracias á Dios nuestro Señor. Adelante haré capítulo por sí destas fuentes, porque es cosa muy de notar. Los hombres son bien dispuestos, de buenos rostros; las mujeres lo mismo, y muy amorosas. Las casas que tienen son pequeñas, la cobertura de hoja de cañas. Hay muchas plantas de frutas y otras cosas que los españoles han puesto, así de España como de la misma tierra. Los señores son en extremo regalados; tienen muchas mujeres, y son todos los desta provincia amigos y confederados. No comen carne humana sino es por muy gran fiesta, y los señores solamente eran muy ricos de oro. De todas las cosas que por los ojos eran vistas tenían ellos hecho joyas de oro, y muy grandes vasos, con que bebían de su vino. Uno vi yo que dió un cacique llamado Tacurumbi al capitan Jorge Robledo, que cabia en él dos azumbres de agua. Otro dió este mismo cacique á Miguel Muñoz, mayor y mas rico. Las armas que tienen son lanzas, dardos y unas estolicas, que arrojan de rodeo con ellas unas tiraderas, que es mala arma. Son entendidos y avisados, y algunos muy grandes hechiceros. Juntanse á hacer fiestas en sus solaces después que han bebido; hácese un escuadron de mujeres á una parte y otro á otra, y lo mismo los hombres, y los muchachos no están parados, que tambien lo hacen y arremeten unos á otros, diciendo con un sonete: «Batatabati, batatabati;» que quiere decir, ea juguemos; y así, con tiraderas y varas se comienza el juego, que después se acaba con heridas de muchos y muertes de algunos. De sus cabellos hacen grandes rodela, que llevan cuando van á la guerra á pelear. Ha sido gente muy indómita y trabajosa de conquistar, hasta que se hizo justicia de los caciques antiguos; aunque para matar algunos no hubo mucha, pues todo era sobre sacarles este negro oro, y por otras causas que se contarán en su lugar. Cuando salían á sus fiestas y placeres en

alguna plaza, juntábanse todos indios, y dos dellos con dos alambores hacían son; donde tomando otro delantera, comienzan á danzar y bailar; al cual todos siguen, y llevando cada uno la vasija del vino en la mano; por que beber, bailar, cantar, todo lo hacen en un tiempo. Sus cantares son recitar á su uso los trabajos presentes y recontar los sucesos pasados de sus mayores. No tienen creencia ninguna; hablan con el demonio de la manera que los demás.

Cuando están enfermos se bañan muchas veces, en el cual tiempo cuentan ellos mismos que ven visiones espantables. Y pues trato desta materia, diré aquí lo que aconteció en el año pasado de 46 en esta provincia de Quimbaya. Al tiempo que el visorey Blasco Nuñez Vela andaba envuelto en las alteraciones causadas por Gonzalo Pizarro y sus consortes, vino una general pestilencia por todo el reino del Perú, la cual comenzó de mas adelante del Cuzco y cundió toda la tierra; donde murieron gentes sin cuento. La enfermedad era, que daba un dolor de cabeza y accidente de calentura muy recio, y luego se pasaba el dolor de la cabeza al oído izquierdo, y agravaba tanto el mal, que no duraban los enfermos sino dos ó tres días. Venida pues la pestilencia á esta provincia, está un río casi media legua de la ciudad de Cartago, que se llama de Consota, y junto á él está un pequeño lago, donde hacen sal del agua de un manantial que está allí. Y estando juntas muchas indias haciendo sal para las casas de sus señores, vieron un hombre alto de cuerpo, el vientre rasgado y sacadas las tripas y inmundicias, y con dos niños de brazo; el cual llegado á las indias, les dijo: «Yo os prometo que tengo de matar á todas las mujeres de los cristianos y á todas las mas de vosotras;» y fuése luego. Las indias y indios, como era de día, no mostraron temor ninguno, antes contaron este cuento riéndose cuando volvieron á sus casas. En otro pueblo de un vecino que se llama Giralde Gilestopiñan vieron esta misma figura encima de un caballo, y que corría por todas las sierras y montañas como un viento; donde há pocos días la pestilencia y mal de oído dió de tal manera, que la mayor parte de la gente de la provincia faltó, y á los españoles se les murieron sus indias de servicio, que pocas ó ningunas quedaron; sin lo cual, andaba un espanto, que los mismos españoles parecían estar asombrados y temerosos. Muchas indias y muchachos afirmaban que visiblemente vían muchos indios de los que ya eran muertos. Bien tiene esta gente entendimiento de pensar que hay en el hombre mas que cuerpo mortal; no tienen tampoco que sea ánima, sino alguna trasfiguración que ellos piensan. Y creen que los cuerpos todos han de resuscitar; pero el demonio les hace entender que será en parte que ellos han de tener gran placer y descanso; por lo cual les echan en las sepulturas mucha cantidad de su vino y maíz, pescado y otras cosas, y juntamente con ellos sus armas, como que fuesen poderosas para los librar de las penas infernales. Es costumbre entre ellos que, muertos los padres, heredan los hijos, y faltando hijo, el sobrino hijo de la hermana. También antiguamente no eran naturales estos indios de Quimbaya, pero muchos tiempos há que se entraron en la provincia, matando á todos los naturales, que no debían ser

pocos, según lo dan á entender las muchas labranzas, pues todos aquellos bravos cañaverales parecen haber sido poblado y labrado, y lo mesmo las partes donde hay monte, que hay árboles tan gruesos como dos bueyes, y otros mas; donde se ve que solía ser poblado; por donde yo conjeturo haber gran curso de tiempo que estos indios poblaron en estas Indias. El temple de la provincia es muy sano, adonde los españoles viven mucho y con pocas enfermedades, ni con frío ni con calor.

CAPITULO XXV.

En que se prosigue el capítulo pasado sobre lo que toca á la ciudad de Cartago y á su fundación, y del animal llamado chucha.

Como estos cañaverales que he dicho sean tan cerrados y espesos; tanto, que si un hombre no supiese la tierra se perdería por ellos, porque no atinaría á salir, según son grandes; entre ellos hay muchas y muy altas ceibas, no poco anchas y de muchas ramas, y otros árboles de diversas maneras, que por no saber los nombres no los pongo. En lo interior dellos ó de algunos hay grandes cuevas y concavidades, donde crían dentro abejas, y formado el panal, se saca tan singular miel como la de España. Unas abejas hay que son poco mayores que mosquitos; junto á la abertura del panal, después que lo tienen bien cerrado, sale un cañuto que parece cera, como medio dedo, por donde entran las abejas á hacer su labor, cargadas las alicas de aquello que cogen de la flor; la miel destas es muy rala y algo agra, y sacarán de cada colmena poco mas que un cuartillo de miel. Otro linaje hay destas abejas que son poco mayores, negras, porque las que he dicho son blancas; el abertura que estas tienen para entrar en el árbol es de cera revuelta con cierta mixtura, que es mas dura que piedra; la miel es sin comparación mejor que la pasada, y hay colmena que tiene mas de tres azumbres; otras abejas hay que son mayores que las de España, pero ninguna dellas pica mas de cuanto, viendo que sacan la colmena, cargan sobre el que corta el árbol, apégándosele á los cabellos y barbas; de las colmenas destas abejas grandes hay alguna que tiene mas de media arroba, y es mucho mejor que todas las otras; algunas destas saqué yo, aunque mas vi sacar á un Pedro de Velasco, vecino de Cartago. Hay en esta provincia, sin las frutas dichas, otra que se llama caimito, tan grande como durazno, negro de dentro; tienen unos cuexquecitos muy pequeños, y una leche que se apega á las barbas y manos, que se tarda liarto en tirar; otra fruta hay que se llama ciruelas, muy sabrosas; hay tambien aguacates, guabas y guayabas, y algunas tan agras como limones, de buen olor y sabor. Como los cañaverales son tan espesos, hay muchas alimañas por entre ellos, y grandes leones, y tambien hay un animal que es como una pequeña raposa, la cola larga y los piés cortos, de color parda, la cabeza tiene como zorra; vi una vez una destas, la cual tenía siete hijos y estaban junto á ella, y como sintió ruido abrió una bolsa que natura le puso en la misma barriga, y tomó con gran presteza los hijos, huyendo con mucha ligereza, de una manera que yo me espanté de su presteza, siendo tan pequeña y correr con tan gran carga, y que anduviese tanto. Llaman

á este animal chucha. Hay unas culebras pequeñas de mucha ponzoña, y cantidad de venados, y algunos conejos y muchos guadaquinajes, que son poco mayores que liebres, y tienen buena carne y sabrosa para comer. Y otras muchas cosas hay, que dejo de contar porque me parece que son menudas. La ciudad de Cartago está asentada en una loma llana, entre dos arroyos pequeños, siete leguas del río grande de Santa Marta, y cerca de otro pequeño, del agua del cual beben los españoles; este río tiene siempre puente de las cañas gordas que habemos contado; la ciudad á una parte y á otra tiene muy dificultosas salidas y malos caminos, porque en tiempo de invierno son los lodos grandes; llueve todo lo mas del año, y caen algunos rayos y hace grandes relámpagos; está tan bien guardada esta ciudad, que bien se puede tener cierto que no la hurten á los que en ella viven; digo esto porque hasta estar dentro en las casas no la ven. El fundador della fué el mismo capitán Jorge Robledo, que pobló las demás que hemos pasado, en nombre de su majestad del emperador don Carlos, nuestro señor, siendo gobernador de todas estas provincias el adelantado don Francisco Pizarro, año del Señor de 1540 años. Llámase Cartago porque todos los mas de los pobladores y conquistadores que con Robledo se hallaron habíamos salido de Cartagena, y por esto se le dió este nombre. Ya que he llegado á esta ciudad de Cartago, pasaré de aquí á dar razón del grande y espacioso valle donde está asentada la ciudad de Cali y la de Popayan, donde se camina por los cañaverales hasta salir á un llano, por donde corre un río grande que llaman de la Vieja; en tiempo de invierno se pasa con harto trabajo; está de la ciudad cuatro leguas, luego se allega al río grande, que está una; mas, pasado de la otra parte con balsas ó canoas, se juntan los dos caminos haciéndose todo uno, el que va de Cartago y el que viene de Ancerma; de la villa de Ancerma á la ciudad de Cali camino de cincuenta leguas, y desde Cartago poco mas de cuarenta y cinco.

CAPITULO XXVI.

En que se contienen las provincias que hay en este grande y hermoso valle, hasta llegar á la ciudad de Cali.

Desde la ciudad de Popayan comienza entre las cordilleras de la sierra que dicho tengo á se allanar este valle, que tiene en ancho á doce leguas, y á menos por unas partes y á mas por otras, y por algunas se junta y hace tan estrecho él y el río que por él corre, que ni con barcos ni balsas ni con otra ninguna cosa no pueden andar por él, porque, con la mucha furia que lleva, y las muchas piedras y remolinos, se pierden y se van al fondo, y se han ahogado muchos españoles y indios, y perdido muchas mercaderías por no poder tomar tierra, por la gran recia que lleva; todo este valle, desde la ciudad de Cali hasta estas estrechuras, fué primero muy poblado de muy grandes y hermosos pueblos, las casas juntas y muy grandes. Estas poblaciones y indios se han perdido y gastado con tiempo y con la guerra; porque, como entró en ellos el capitán Sebastián de Belalcázar, que fué el primer capitán que los descubrió y conquistó, aguardaron siempre de guerra, peleando

muchas veces con los españoles por defender su tierra y ellos no ser sujetos; con las cuales guerras, y por la hambre que pasaron, que fué mucha, por dejar de sembrar, se murieron todos los mas. Tambien hubo otra ocasión para que se consumiesen tan presto, y fué, que el capitán Belalcázar pobló y fundó en estos llanos y en mitad destes pueblos la ciudad de Cali, que después se tornó á reedificar adonde agora está. Los indios naturales estaban tan porfiados en no querer tener amistad con los españoles, teniendo por pesado su mando, que no quisieron sembrar ni cultivar las tierras, y se pasó por esta causa mucha necesidad, y se murieron tantos, que afirman que falta la mayor parte dellos. Después que se fueron los españoles de aquel sitio, los indios serranos que estaban en lo alto del valle abajaron muchos dellos y dieron en los tristes que habían quedado, que estaban enfermos y muertos de hambre; de tal manera que en breve espacio mataron y comieron todos los mas; por las cuales causas todas aquellas naciones han quedado dellos tan pocos, que casi no son ningunos. De la otra parte del río hácia el oriente está la cordillera de los Andes, la cual pasada, está otro valle mayor y mas vistoso, que llaman de Neiva, por donde pasa el otro brazo del río grande de Santa Marta. En las haldas de las sierras, á unas vertientes y á otras, hay muchos pueblos de indios de diferentes naciones y costumbres, muy bárbaros y que todos los mas comen carne humana, y le tienen por manjar precioso y para ellos muy gustoso. En la cumbre de la cordillera se hacen unos pequeños valles, en los cuales está la provincia de Buga; los naturales della son valientes guerreros; á los españoles que fueron allí cuando mataron á Cristóbal de Ayala los aguardaban sin temor ninguno, y cuando mataron á este que digo, se vendieron sus bienes en el almoneda á precios muy excesivos, porque se vendió una puerca en mil y seiscientos pesos, con otro cochino; y se vendían cochinos pequeños á quinientos, y una oveja de las del Perú en docientos y ochenta pesos; yo la ví pagar á un Andrés Gomez, vecino que es agora de Cartago, y la cobró Pedro Romero, vecino de Ancerma; y los mil y seiscientos pesos de la puerca y del cochino cobró el adelantado don Sebastián de Belalcázar de los bienes del mariscal don Jorge Robledo, que fué el que lo mercó; y aun vi que la misma puerca se comió un día que se hizo un banquete, luego que llegamos á la ciudad de Cali con Vadillo; y Juan Pacheco, conquistador, que agora está en España, mercó un cochino en docientos y veinte y cinco pesos; y los cuchillos se vendían á quince pesos, á Jerónimo Luis Tejelo oí decir que cuando fué con el capitán Miguel Muñoz á la jornada que dicen de la Vieja mercó una almarada para hacer alpargates por treinta pesos, y aun yo he mercado unos alpargates en ocho pesos de oro. Tambien se vendió en Cali un pliego de papel en otros treinta pesos. Otras cosas había aquí que decir en gran gloria de los nuestros españoles, pues en tan poco tienen los dineros, que, como tengan necesidad, en ninguna cosa los estiman; de los vientres de las puercas compraban, antes que naciesen, los lechones á cien pesos y mas. Si les era de agradecer á los que lo compraban ó no, porque hubiese multiplicado dello, no trato

desto; mas quiero decir que el prudente lector piense y mire que desde el año de 27 hasta este de 47 lo que se ha descubierto y poblado; y mirando esto, verán todos cuánto merecen, y en cuánto se ha de tener el honor de los conquistadores y descubridores, que tanto en estas partes han trabajado, y cuánta razón hay para que su majestad les haga mercedes á los que han pasado por estos trabajos y servidole lealmente sin haber sido carniceros de indios; porque los que se han preciado de serlo, antes merecen castigo que premio, á mi entender. Cuando se descubria esta provincia mercaban los caballos á tres mil y á cuatro mil pesos, y aun en este tiempo algunos hay que no acaban de pagar las deudas viejas, y que estando llenos de heridas y hartos de servir, los meten en las cárceles sobre la paga que les piden los acreedores. Pasada la cordillera está el gran valle que ya dije, adonde estuvo fundada la villa de Neiva; y viniendo hácia el poniente hay mayores pueblos, y de mas gente en las sierras, porque en los llanos ya conté la causa por que se murieron los que habia; los pueblos de las sierras allegan hasta la costa de la mar del Sur, y van de luengo descendiendo al sur; tienen las casas como las que dije que habia en Tatabe, sobre árboles muy grandes, hechos en ellos altos á manera de sobrado, en los cuales moran muchos moradores; es muy fértil y abundante la tierra destos indios, y muy proveida de puercos y de dantas y otras salvajinas y cazas, pavas y papagayos, guacamayas, faisanes y mucho pescado. Los rios no son pobres de oro, antes podrémos afirmar que son riquísimos y que hay abundancia deste metal; por cerca dellos pasa el gran rio del Darien, muy nombrado, por la ciudad que cerca dél estuvo fundada. Todas las mas destas naciones comen tambien carne humana; algunos tienen arcos y flechas, y otros de los bastones ó macanas que he dicho, y muy grandes lanzas y dardos. Otra provincia está por encima deste valle hácia el norte, que confina con la provincia de Ancerma, que se llaman los naturales della los chancos, tan grandes, que parecen pequeños gigantes, espaldudos, robustos, de grandes fuerzas, los rostros muy largos, las cabezas anchas; porque en esta provincia y en la de Quimbaya, y en otras partes destas Indias (como adelante diré), cuando la criatura nasce le ponen la cabeza del arte que ellos quieren que la tenga; y así, unas quedan sin colodrillo y otras la frente sumida y otros hacen que la tenga muy larga; lo cual hacen cuando son recién nacidos con unas tabletas, y después con sus ligaduras; las mujeres destos son tan bien dispuestas como ellos, andan desnudos ellos y ellas, y descalzos; no traen mas que maures, con que se cubren sus vergüenzas, y estos no de algodón, sino de unas cortezas de árboles los sacan, y hacen delgados y muy blandos, tan largos como una vara y de anchor de dos palmos; tienen grandes lanzas y dardos con que pelean; salen algunas veces de su provincia á dar guerra á sus comarcas los de Ancerma. Cuando el mariscal Robledo entró en Cartago esta última vez, que no debiera, á que le recibiesen por lugar teniente del juez Miguel Díaz Armendariz, envió de aquella ciudad ciertos españoles á guardar el camino que va de Ancerma á la ciudad de Cali, adonde hallaron

ciertos indios destos, que abajaban á matar á un cristiano que iba con unas cabras á Cali, y mataron uno ó dos destos indios, y se espantaron de ver su grandeza. De manera que, aunque no se ha descubierto la tierra destos indios, sus comarcas afirman ser tan grandes como de suso he dicho. Por las sierras que abajan de la cordillera que está al poniente y valles que se hacen, hay grandes poblaciones y muchos indios, que dura su población hasta cerca de la ciudad de Cali, y confinan con los de las Barbacoas. Tienen sus pueblos extendidos y derramados por aquellas sierras, las casas juntas de diez en diez y de quince en quince, en algunas partes mas y en otras menos; llaman á estos indios gorriones, porque cuando poblaron en el valle la ciudad de Cali nombraban al pescado gorrion, y venian cargados dél diciendo: «Gorrion, gorrion;» por lo cual, no sabiéndoles nombre propio, llamáronles, por su pescado, gorriones, como hicieron en Ancerma en llamarla de aquel nombre por la sal, que llaman los indios (como ya dije) ancer; las casas destos indios son grandes, redondas, la cobertura de paja; tienen pocas arboledas de frutales; oro bajo de cuatro ó cinco quilates alcanzan mucho, de lo fino poseen poco. Corren por sus pueblos algunos rios de buenas aguas. Junto á las puertas de sus casas, por grandeza, tienen de dentro de la portada muchos pies de los indios que han muerto, y muchas manos; sin lo cual, de las tripas, porque no se les pierda nada, las hinchen de carne ó de ceniza, unas á manera de morcillas y otras de longanizas, desto mucha cantidad; las cabezas, por consiguiente, tienen puestas, y muchos cuartos enteros. Un negro de un Juan de Céspedes, cuando entramos con el licenciado Juan de Vadillo en estos pueblos, como viese estas tripas, creyendo ser longanizas, arremetió á descolgarlas para comerlas; lo cual hiciera si no estuvieran como estaban, tan secas del humo y del tiempo que habia que estaban allí colgadas. Fuera de las casas tienen puestas por orden muchas cabezas, piernas enteras, brazos, con otras partes de cuerpos, en tanta cantidad, que no se puede creer. Y si yo no hubiera visto lo que escribo, y supiera que en España hay tantos que lo saben y lo vieron muchas veces, cierto no contara que estos hombres hacian tan grandes carnicerías de otros hombres solo para comer; y así, sabemos que estos gorriones son grandes carniceros de comer carne humana; no tienen ídolos ningunos, ni casa de adoracion se les ha visto; hablan con el demonio los que para ello están señalados, segun es público. Clérigos ni frailes tampoco no han osado andar á solas amonestando á estos indios, como se hace en el Perú y en otras tierras destas Indias, por miedo que no los maten.

Estos indios están apartados de valle y rio grande á dos y á tres leguas y á cuatro, y algunos á mas, y á sus tiempos abajan á pescar á las lagunas y al rio grande dicho, donde vuelven con gran cantidad de pescado; son de cuerpos medianos, para poco trabajo; no visten mas que los maures que he dicho que traen los demás indios; las mujeres todas andan vestidas de unas mantas gruesas de algodón. Los muertos que son mas principales los envuelven en muchas de aquellas mantas, que son tan largas como tres varas y tan anchas como

dos. Después que los tienen envueltos en ellas les revuelven á los cuerpos una cuerda que hacen de tres ramales, que tiene mas de docientas brazas; entre estas mantas le ponen algunas joyas de oro; otros entierran en sepulturas hondas. Cae esta provincia en los términos y jurisdiccion de la ciudad de Cali; junto á ellos, y en la barranca del rio, está un pueblo no muy grande, porque con las guerras pasadas se perdió y consumió la gente dél, que fué mucha; de una gran laguna que está pegada á este pueblo, habiendo crecido el rio, se hinche; la cual tiene sus desaguaderos y flujos cuando mengua y baja; matan en esta laguna infinidad de pescado muy sabroso, que dan á los caminantes y contratan con ello en las ciudades de Cartago y Cali y otras partes; sin lo mucho que ellos dan y comen, tienen grandes depósitos dello seco para vender á los de las sierras, y grandes cántaros de mucha cantidad de manteca que del pescado sacan. Al tiempo que veniamos descubriendo con el licenciado Juan de Vadillo llegamos á este pueblo con harta necesidad y hallamos algun pescado; y después, cuando íbamos á poblar la villa de Ancerma con el capitán Robledo, hallamos tanto, que pudieran henchir dos navios dello. Es muy fértil de maíz y de otras cosas esta provincia de los gorriones; hay en ella muchos venados y guadaquinajes y otras salvajinas, y muchas aves; y en el gran valle del Cali, con ser muy fértil, están las vegas y llanos con su yerba desiertas, y no dan provecho sino á los venados y á otros animales que los pasean, porque los cristianos no son tantos que puedan ocupar tan grandes campañas.

CAPITULO XXVII.

De la manera que está asentada la ciudad de Cali, y de los indios de su comarca, y quién fué el fundador.

Para llegar á la ciudad de Cali se pasa un pequeño rio que llaman Rio-Frio, lleno de muchas espesuras y florestas; abájase por una loma que tiene mas de tres leguas de camino; el rio va muy recio y frio, porque nasce de las montañas; va por la una parte deste valle, hasta que, entrando en el rio Grande, se pierde su nombre. Pasado este rio, se camina por grandes llanos de campaña; hay muchos venados pequeños, pero muy ligeros. En aquestas vegas tienen los españoles sus estancias ó granjas, donde están sus criados para entender en sus haciendas.

Los indios vienen á sembrar las tierras y á coger los maizales de los pueblos que los tienen en los altos de la serranía. Junto á estas estancias pasan muchas acequias y muy hermosas, con que riegan sus sementeras, y sin ellas, corren algunos rios pequeños de muy buena agua; por los rios y acequias ya dichas hay puestos muchos naranjos, limas, limones, granados, grandes platanales y mayores cañaverales de cañas dulces; sin esto, hay piñas, guayabas, guabas y guanabanas, raltas y unas uvillas que tienen una cáscara por encima, que son sabrosas; caimitos, ciruelas; otras frutas hay muchas y en abundancia, y á su tiempo singulares; melones de España y mucha verdura y legumbres de España y de la misma tierra. Trigo hasta agora no se ha dado, aunque dicen que en el valle de Lile, que está de la ciudad cinco leguas, se dará; viñas, por el consi-

guiente, no se han puesto; la tierra, disposicion tiene para que en ella se crien muchas como en España. La ciudad está asentada una legua del rio Grande, ya dicho, junto á un pequeño rio de agua singular que nasce en las sierras que están por encima della; todas las riberas están llenas de frescas huertas, donde siempre hay verduras y frutas de las que ya he dicho. El pueblo está asentado en una mesa llana; si no fuese por el calor que en él hay, es uno de los mejores sitios y asientos que yo he visto en gran parte de las Indias; porque para ser bueno ninguna cosa le falta; los indios y caciques que sirven á los señores que los tienen por encomienda están en las sierras; de algunas de sus costumbres diré, y del puerto de mar por donde les entran las mercaderías y ganados. En el año que yo salí desta ciudad habia veinte y tres vecinos que tenían indios. Nunca faltan españoles viandantes, que andan de una parte á otra entendiendo en las contrataciones y negocios. Pobló y fundó esta ciudad de Cali el capitán Miguel Muñoz en nombre de su majestad, siendo el adelantado don Francisco Pizarro, gobernador del Perú, año de 1537 años; aunque (como en lo de atrás dije) la habia primero edificado el capitán Sebastian de Belalcázar en los pueblos de los gorriones; y para pasarlo adonde agora está Miguel Muñoz, quieren decir algunos que el cabildo de la misma ciudad se lo requirió y forzó á que lo hiciese; por donde parece que la honra desta fundacion á Belalcázar y al cabildo ya dicho compete; porque si á la voluntad de Miguel Muñoz se mirara, no sabemos lo que fuera, segun cuentan los mismos conquistadores que allí eran vecinos.

CAPITULO XXVIII.

De los pueblos y señores de indios que están sujetos á los términos desta ciudad.

A la parte del poniente desta ciudad, hácia la serranía, hay muchos pueblos poblados de indios sujetos á los moradores della, que han sido y son muy domésticos, gente simple, sin malicia. Entre estos pueblos está un pequeño valle que se hace entre las sierras; por una parte lo cercan unas montañas, de las cuales luego diré; por la otra sierras altísimas de campaña, muy pobladas. El valle es muy llano, y siempre está sembrado de muchos maizales y yucales, y tiene grandes arboledas de frutales, y muchos palmares de las palmas de los pixivaes; las casas que hay en él son muchas y grandes, redondas, altas y armadas sobre derechas vigas. Caciques y señores habia seis cuando yo entré en este valle; son tenidos en poco de sus indios, á los cuales tienen por grandes serviciales, así á ellos como á sus mujeres, muchas de las cuales están siempre en las casas de los españoles. Por mitad deste valle, que se nombra de Lile, pasa un rio, sin otros que de las sierras abajan á dar en él; las riberas están bien pobladas de las frutas que hay de la misma tierra, entre las cuales hay una muy gustosa y olorosa, que nombran granadillas.

Junto á este valle confina un pueblo, del cual era señor el mas poderoso de todos sus comarcas, y á quien todos tenían mas respeto, que se llamaba Petecuy. En medio deste pueblo está una gran casa de madera muy